

CAPÍTULO XIX

1847

Santa Anna en Orizaba. — Su entrada y permanencia en Puebla. — Decaimiento del espíritu público. — Invadidos é invasores. — Los guerrilleros. — Intimación del general Worth. — Escaramuza de Amozoc. — Entrada de los americanos en Puebla. — Establece Scott su cuartel general en Puebla. — Intrigas y desavenencias en la capital. — Organización de los partidos políticos. — Alarma en la capital al anunciarse el regreso de Santa Anna. — Conferencias en Ayotla — Exposición de Santa Anna. — Una junta de generales resuelve la defensa de México. — Juramento de la Constitución reformada. — Discurso y manifiesto de Santa Anna. — Separación de Baranda del ministerio de Relaciones exteriores é interiores. — El decreto del 7 de mayo. — El clero y los recursos. — Persecuciones á jefes militares. — El periodismo. — Llegada de M. Trist con comunicaciones para el gobierno de México. — Pláticas secretas entre Santa Anna, Trist y Scott. — Resolución del Congreso acerca de la nota de Buchanan. — Trabajos emprendidos para la fortificación y defensa de la capital. — Total de fuerzas mexicanas reunidas en la capital. — Situación de las fuerzas. — Plan de Santa Anna. — Aproxímanse á México los americanos. — Entusiasmo público. — Proclama de Santa Anna. — Scott no se resuelve á atacar las fortificaciones del Peñón. — Sitúase Scott en Tlalpan. — Rebeldía del general Valencia. — Sitúase en Padierna. — Defectos de la posición. — Combates del 19 y 20 de agosto en Padierna. — Derrota de la división del Norte. — Pormenores y consideraciones acerca de la derrota de Padierna.

Después de una peregrinación cuyo pormenor no tiene importancia alguna, el general Santa Anna, derrotado en Cerro Gordo, se presentó en Orizaba, y con unos mil hombres que el Estado de Oaxaca despachó en auxilio de Veracruz, poniéndolos á las órdenes del general don Antonio León, y con los dispersos de la batalla del 18 y la caballería de Canalizo formó la base de un nuevo ejército para el cual pidió toda clase de recursos al gobierno de México, quien le envió en 9 de mayo al general Rangel, con la artillería y efectos que pudo conseguir, y expidió órdenes al mismo efecto al comandante general de Puebla don Nicolás Bravo. Según la relación impresa con el título de *Tributo á la verdad*, quince días bastaron á Santa Anna para agotar en los pocos soldados que tenía, ciento dos mil pesos. De la detención de este jefe en Orizaba y de su disposición para que Canalizo se situase con parte de su fuerza en San Andrés Chalchicomula, dijo que había dependido que el ejército de Scott no se atreviera á pasar de Perote y Tepeyahualco, pero este arranque de vanidad no duró en él sino el tiempo que tardó en saber que el descrédito que á su descalabro del 18 debió, había dado vuelo peligroso á las intrigas de quienes querían separarle de la presidencia de la República y del mando del ejército. Sabido el riesgo, Santa Anna, so pretexto de impedir la pérdida de Puebla, comenzó el 7 de mayo á mover sus

tropas en dirección de esa ciudad, en la que él mismo entró en la tarde del 11, y en la que no fué bien recibido, pues la población se hallaba desalentada y entristecida con el ningún éxito de los socorros que en dinero y en hombres había enviado á Veracruz y Cerro Gordo, y todo entraba en sus decaídos ánimos menos oponer resistencia alguna al invasor. Así se lo dió á entender don José Rafael Isunza, que ejercía el gobierno del Estado, irritando con tal manifestación á Santa Anna, quien más adelante dijo disculpándose de haberse retirado en Puebla

«Mi satisfacción habría sido completa si los que ahora me acusan de su abandono hubieran excitado al Exmo. Sr. gobernador don José Rafael Isunza y al Exmo. Sr. don Nicolás Bravo, comandante general del Estado, á que prepararan algunos medios de defensa, como pudieron y debieron hacerlo para cumplir con lo que la nación debía esperar de las autoridades del segundo Estado de la República. Pero, lejos de esto, S. E. el general Bravo, al retirarse para la capital de México, había mandado llevar á la villa de Matamoros todo el material de guerra, con cuya existencia yo contaba para hacer frente al general Worth, que mandaba la vanguardia del ejército enemigo y se encontraba ya en las goteras de Puebla. El Sr. general de brigada don Cosme Furlong, que había sucedido al Sr. Bravo, estaba dando disposiciones para dejar la ciudad. El Exmo. Sr. gobernador, que tuvo tiempo y facilidad de reunir algunos cuerpos de Guardia Nacional con que todavía contaba el Estado y que podían dar una fuerza de dos mil hombres, según me había informado su antecesor cuando bajé á Cerro Gordo, no había dispuesto de esas fuerzas, y únicamente puso á mis órdenes unos piquetes que no llegaban á doscientos hombres: en vez de animar al pueblo á que concurriera á la defensa de la misma ciudad, había permitido al prefecto la publicación de un bando tal como lo habría dictado el general Scott, previniendo lo que se debía observar respecto de los enemigos. El Ayuntamiento tenía nombrada una comisión que saliera á recibirlos y á pedir garantías. Yo no pude más que manifestar mi indignación por esa conducta, ordenando que el prefecto fuera suspenso inmediatamente y sometido á un juicio, y me desengañé con bastante tristeza de que no había el entusiasmo ni el patriotismo que esperaba: todos parecían resignados á recibir el yugo del invasor, y en vista de tal espectáculo y no quedándome qué hacer, adelanté mi infantería y los cinco cañones sin dotaciones que conducía, y poniéndome al frente de la caballería salí al encuentro del enemigo para entretenerlo en Amozoc.»

No defendemos en modo alguno la conducta, tibia en aquella ocasión, de los poblanos; pero se explica por las siguientes circunstancias. Lo hemos dicho ya; faltaba la unión de las voluntades en todo el país; los poderes públicos estaban en completo desacuerdo; el partido dominante, moderado conservador, ni daba garantías ni se ocupaba en más que en asegurarse en el ejercicio del poder, que había asaltado desde los primeros instantes de la independencia; sus intrigas bajas y rastreras teníanle enajenada la simpatía pública, y si se mantenía aún en el ejercicio de su administración, era debido á

que la masa liberal, sucesora de la insurgente, había perdido, como repetidas veces hemos hecho notar, sus caudillos y jefes, sacrificados por la astucia y la mala fe en los cadalsos de los viejos escoceses; y estaba todavía formándose la nueva generación de patriotas progresistas de la que no iban á tardar muchos años en brotar los hombres de la Reforma, con tanta laboriosidad y dificultades preparada en la época que estudiando venimos. El espíritu público, desviado de la recta senda por esas intrigas y rastrerías, participaba del egoísmo de los directores de la cosa pública, y al verlos indiferentes para con su país, él también veía con indiferencia las dificultades y peligros de un gobierno, cuya abusiva autocracia parecía aún más repelente, puesta en parangón con la conducta del invasor, falaz si se quiere, pero más benévola, más conciliadora que la de nuestras autoridades. El señor Roa Bárcena, cuyo testimonio no es recusable en este caso, refiriéndose al manifiesto de Scott, publicado en Jalapa el 11 de mayo, dice: «Hablando del ejército, Scott elogia el valor y la abnegación del soldado mexicano que, sin elemento alguno de comodidad, acudía á los campos de batalla sabiendo que, herido, quedaría abandonado á la caridad del vencedor, y muerto, no lograría una miserable sepultura; y criticaba la conducta de los jefes, que, colmados de honores y beneficios por la nación, la abandonaban en los momentos en que más necesitaba de sus servicios. A vueltas de razones más ó menos especiosas, contenía grandes verdades el manifiesto, cuyo efecto se vió á poco en la ocupación de la segunda ciudad de la República por el enemigo, sin disparar un solo tiro. Las benévolas y conciliadoras frases de Scott y el buen sentido práctico que dominaba en muchas de ellas, venían formando penoso contraste con las amenazas que para la masa pacífica y trabajadora de nuestra sociedad envolvían estas otras de Santa Anna, dirigidas desde Orizaba al gobierno en su parte relativo á Cerro Gordo: «No puedo dejar de manifestar á V. E. que estoy admirado de la apatía y egoísmo de nuestros conciudadanos en las actuales circunstancias; y juzgo ya necesario para salvar al país, que los supremos poderes de la nación dicten severas y ejecutivas providencias para que cada uno cumpla con aquellos deberes que la sociedad y las leyes imponen.» Para todo lo que no fuera la falanje, innumerable entre nosotros, que ejerce el gobierno y la administración y que aspira á ejercerlos; para todo lo que no fuese esa falanje ó el reducido círculo de ciudadanos ilustrados y patriotas que comprenden y practican los deberes que un país impone á sus hijos; para la gran masa ignorante y demoralizada por cuarenta años de guerra civil, y que se compone de agricultores y comerciantes expoliados, de artesanos y obreros sin emulación ni trabajo, cogidos en leva para el servicio de las armas, y de indígenas en la miseria y el aislamiento; considerando á la gente blanca

ó mestiza como usurpadora del territorio, el contraste á que me refero entre la promesa de las ventajas de la libertad civil, casi nunca disfrutada aquí, y la amenaza de nuevos sacrificios y violencias, tenía que ser favorable á los invasores y que dar sus frutos, como desgraciadamente los dió." Según el mismo señor Roa Bárcena, las poblaciones de Jalapa y Veracruz disfrutaron de paz y seguridad durante su ocupación, y cuando más adelante sufrieron daños y perjuicios de los americanos, no fueron ellos mayores que los que les causaban nuestras guerrillas, *y se puede decir*, añade, *que* (la ciudad de Jalapa) *llegó á ver con igual horror á unos y á otras.*

Y pues de guerrillas hemos hablado, no dejaremos de citar las siguientes palabras del señor Lerdo en sus *Apuntes históricos de Veracruz*, á fin de hacer constar que no todas las guerrillas cumplieron con sus deberes, ni cómo podía esperarse de ellas: "Para que obraran con algún orden y concierto en sus operaciones, previno al gobernador que todos los guerrilleros estuvieran bajo el mando de Rebolledo, á quien nombró jefe de las líneas entre el puerto y Jalapa y Orizaba. Esta disposición no fué obedecida, obrando cada partida á voluntad de su jefe, lo que ocasionó que, por una parte, no hicieran al enemigo todo el daño que pudieran haberle hecho, mientras que, por otra, causaban grandes perjuicios al comercio y á algunos de los desgraciados arrieros mexicanos que transitaban por aquel rumbo; valiéndose los guerrilleros para esto de la providencia que se había dictado, prohibiendo todo tráfico con los puntos ocupados por los norte-americanos." Y antes había el mismo escritor asentado, hablando de las guerrillas: "Provocando duras represalias de parte de los norte-americanos, no tardaron en difundir la muerte y la desolación en todos los pueblos y campos inmediatos á los caminos que por Jalapa y Orizaba conducen á la capital." En otro lugar, Roa Bárcena dice: "Por estos días suspendieron sus viajes las diligencias de México á Veracruz, así por haber tomado Jarauta los caballos y mulas de las postas, como por la ninguna seguridad que había para los pasajeros, pues las guerrillas atacaban á todo el que transitaba entre Veracruz y Jalapa, y se dió el caso de incendiar literas y obligar á los viajeros á ir á pie hasta el puerto." Reunamos todos estos datos, meditemos en ellos, y convengamos en que no faltaban motivos para aquella lamentable desunión, causa de la carencia de patriotismo. Contestando el ministro de la Guerra la comunicación citada de Santa Anna, le decía: "Las causas secretas de esa especie de apatía que V. E. tan justamente observa y admira, son la consecuencia natural de nuestras anteriores discordias, de las maniobras de los enemigos interiores y del desaliento que producen las desgracias." El mal era de tanto bulto, que ni aun los autores de él se atrevían á negarlo.

Entretanto, la vanguardia americana había avanzado

sobre Puebla, y su jefe el general Worth dirigido al gobernador y municipalidad de la ciudad la siguiente intimación fechada en Nopalucan el 12 de mayo: "El infrascrito avisa que, obedeciendo las órdenes de su superior, el mayor general en jefe del ejército de la Unión, en la mañana del 15 del que rige, con la fuerza de su mando tomará posesión militarmente de la ciudad de Puebla. Si no hace resistencia, desea, antes de hallarse á sus inmediateces, conferenciar con los ciudadanos civiles con objeto de concertar con ellos y tomar las medidas convenientes y mejores para la seguridad de las personas é intereses, así como las propiedades de los vecinos. La santa religión que profesan, así como todas sus formas y observancia, serán respetadas, y sostenidas las autoridades civiles para el mantenimiento de la administración y de las leyes." Parece que este oficio no fué contestado porque no había sido dirigido á Santa Anna, quien en la mañana del día 14 salió de Puebla para Amozoc con ánimo de sorprender un convoy del enemigo y obligar á éste á salir de la población á un terreno conveniente para librar una batalla; pero unos disparos de las piezas americanas hicieron perder la formación á nuestras tropas, precisándolas á dispersarse á escape en distintas direcciones. Santa Anna dice en su parte: «Aunque el guía que me conducía, por haber equivocado el camino, nos condujo á tiro de metralla del pueblo de Amozoc, y flanqueamos completamente ese pueblo, dando á entender al enemigo con este atrevido movimiento el desprecio con que lo veíamos, él no se resolvió á alejarse del lugar en que tenía todo su apoyo, una vez que vió asegurado el convoy, y tanto yo como todos mis subordinados nos regresamos con el sentimiento de que el enemigo no hubiera admitido nuestro reto en campo raso.» Después de esta infructuosa tentativa, Santa Anna, tomando por calles excusadas, salió de Puebla para San Martín Texmelucan; la legislatura del Estado expidió un decreto confiriendo amplísimas facultades al Ejecutivo, y éste se trasladó á Atlixco, dejando en representación suya á don Manuel Orozco y Berra, quien á su vez salió para aquella población en la mañana del 15 con las demás autoridades. Una comisión del ayuntamiento se dirigió entonces á Chachapa á conferenciar con el general Worth y pedirle garantías para la ciudad de Puebla, que entre diez y once y media de la mañana del mismo día 15 de mayo fué ocupada por el ejército americano, con un total de cuatro mil doscientos hombres y trece piezas de artillería.

De una relación manuscrita que en parte publicó en 1886 un biógrafo de don Francisco Pablo Vázquez, obispo á la sazón de Puebla, tomamos las siguientes noticias: "*Día 15...* era el día en que la desgraciada Puebla se iba á ver hollada por el ejército invasor; para mengua de la población mucha gente salió á las garitas (puertas de la ciudad), y despreciando los bandos de las autoridades, que no tenían medios para hacerlos cumplir,

pocas fueron las personas que obedeciéndolos cerraron las puertas y balcones de sus casas, para demostrar siquiera el luto que debía cubrir el corazón de todo mexicano en tan aciago día. *Día 16...* concluyó este día sin otra novedad particular, debiendo advertirse, aunque con sentimiento, que se repicó en varias iglesias, á pesar de las órdenes dadas en contrario. *Día 17...* al medio día pasó el general americano Worth con todo su Estado Mayor á hacer una visita al señor obispo, que inmediatamente le fué correspondida. En la noche hubo música en palacio, sin que hasta ahora se haya podido averiguar la causa. En la tarde de ese día... se acordó se pusiera un atento oficio al presidente del cabildo eclesiástico, reconviniéndole sobre la poca observancia que había habido en las iglesias con respecto al artículo del bando publicado por el ayuntamiento el día 15, en que prohibía los repiques en todas ellas." El señor Roa Bárcena dice: "A otro día de la entrada se abrieron las iglesias por excitativa de Worth, quien con su Estado Mayor visitó al obispo; y al pagarle la visita media hora después el prelado, recibió de la guardia honores de general, acompañándole á su regreso el jefe y sus ayudantes hasta la puerta del obispado." Estas relaciones habidas entre Worth y el obispo don Francisco Pablo Vázquez han sido duramente censuradas como una falta de patriotismo del prelado, que no tenía por qué haber permanecido en la ciudad: sin embargo, dícese que el sentimiento profundo que le causó esta invasión, fué la causa de su muerte, ocurrida el 7 de octubre de ese año.

Worth expidió varios decretos ¹, uno de ellos garantizando la propiedad de la Iglesia y respeto al culto y sus ministros, é imponiendo severos castigos á los contraventores: otro llamando á empeñar palabra de no tomar las armas á todos los generales, jefes y oficiales de nuestro ejército ó milicianos residentes en la ciudad, debiendo salir de ella los que no quisieran presentarse, pues de lo contrario serían juzgados como espías y castigados conforme á las leyes de la guerra: otro declarando que en la capital y demás puntos del Estado ocupados por fuerzas de los Estados Unidos no se obedecerían los decretos y disposiciones de la legislatura y del gobernador, debiendo considerar dichos puntos bajo la protección del ejército norte-americano, y de consiguiente, libres de estancos, alcabalas y toda clase de exacciones; otro, por último, disponiendo que en el caso de que sus propias fuerzas necesitaran víveres de que no pudieran proveerse por sí mismas, los facilitarán las autoridades municipales, siéndoles pagados por su precio. Permitió que el cuerpo de policía volviera á la ciudad á desempeñar en ella sus funciones, y que el ayuntamiento levantara y armara otra fuerza de cien hombres para la custodia de las cárceles. Acuarteló, en fin, sus fuerzas de modo que en el centro de la ciudad sólo se conservasen

¹ Roa Bárcena.

unos cuarenta y cinco hombres, destinados á la guardia de palacio. "Los enemigos han tenido desde que llegaron aquí, dice una relación contemporánea, cuanto han necesitado, sin necesidad de buscarlo; porque los corredores, algunos comerciantes y no pocos hacendados, públicamente iban á ofrecer y vender los efectos que aquéllos habían menester, y aun vinieron de México agentes de comerciantes que hicieron con ellos contratos de víveres y dinero." El gobierno del Estado que, como dijimos, se retiró á Atlixco, se pasó después á Izúcar de Matamoros, y por último á Zacatlán, donde permaneció sin ser molestado. En 28 de mayo Scott entró en Puebla estableciendo allí su cuartel general, en espera de refuerzos de tropas de los Estados Unidos; pues, cumplido el plazo de enganche de los voluntarios, tuvo que licenciarlos en Jalapa, quedando sin división que mandar el general Patterson, que regresó también á su país. El señor Roa Bárcena hace aquí notar, que si en México hubiese habido unión y una cabeza inteligente, mala habría sido la suerte que pudo hacerse correr al insignificante ejército norte-americano encerrado en Puebla.

Pero en nada menos que en aprovechar aquella ventaja se pensaba entonces en la capital, de cuyos enredos é intrigas vamos á dar una idea. Durante muchos días no cesó el general Valencia de solicitar que se le confiase un mando de tropas: entretúvole el gobierno, prometiéndole ya el de las de San Luis, ya el de las de Puebla, y como estas promesas no cumplidas disgustaran á Valencia y Valencia no lo ocultase, llegó á temerse que promoviera una sedición interior, si el pretexto se le presentaba: para evitarlo se entró en conferencias con él acerca de su proyecto de formación de un ejército de reserva, *para hacer*, según decía, *una paz decorosa en caso de que la necesidad nos forzara á ella*. Santa Anna escribía mientras tanto contra las pretensiones de Valencia y contra el nombramiento de general en jefe de la ciudad hecho en Bravo, sin darse cuenta verdaderamente de su situación, pues creía disfrutar aún de su antigua popularidad y ya mermado prestigio: mas, ni con el apoyo del ejército podía contar; los jefes y oficiales que habíanle acompañado en sus últimos descalabros estaban de acuerdo en culparle, atribuyendo sus desgracias á impericia los unos, y á connivencias con el enemigo los otros: los yankees mismos indicaban esto último á los prisioneros, con intriga y designio bien conocidos, haciendo aumentar la desconfianza y la desunión. El nombramiento militar de Valencia vino á resolverse como lo deseaba, por decisión de Baranda, quien el día 13 tuvo con el presidente de la República una conferencia á la que concurrieron Rodríguez Puebla, Riva Palacio, Pedraza y don Mariano Otero: en ella se resolvió no admitir á aquél la renuncia de su secretaría y separar de la de Justicia á Suárez Iriarte, y de la de Guerra á Gutiérrez, y que fueran sustituidos por don Luis de la Rosa y el general don Lino Alcorta. Baranda volvió al

ministerio con entusiasmo y esperanzas, desplegando grande actividad, y aquel mismo día dispuso dar á Valencia el mando de una división de cuatro mil hombres y doce piezas, que debía estorbar la ocupación de Puebla; pero mientras se dictaban todas las disposiciones que un movimiento de tropas exigía entre nosotros, Worth pudo, como hemos dicho, entrar tranquilamente en Puebla.

Demos, antes de pasar adelante, una ligera ojeada á los partidos. Aunque el de la paz era numeroso, nadie tenía valor para proponerla, no faltándole en cambio todo el suficiente para dejarse sojuzgar sin combatir: sus componentes no pedían la paz, pero sí se alarmaban contra toda providencia del gobierno que tendiera á la defensa de la capital, y no veían la hora de que saliese de ella cuanto antes. Dijimos ya que en el Congreso se había agitado el despacho del asunto relativo á la mediación ofrecida por Inglaterra, proponiendo la devolución del expediente al gobierno para que éste usara de sus facultades constitucionales, con las limitaciones marcadas en el decreto de autorizaciones extraordinarias, que habíansele otorgado. Aprobado el dictamen por diferencia de un voto, el artículo único con que terminaba fué reprobado por más de veinte, y volvió á la comisión, con gran disgusto de los partidarios de la paz, entre los que, aunque con reserva, estaba el gobierno, convencido de la impotencia de sus esfuerzos para prolongar la guerra. El partido que estaba por ella le formaban dos clases de personas enteramente heterogéneas: las unas creían ó afectaban creer por vanidad, por interés ó patriotismo, que á la larga podríamos triunfar en la lucha expeliendo al enemigo de nuestro territorio; ó bien que si tal cosa no podía lograrse, aún podríamos imitar á Numancia sucumbiendo en la lucha con honor: en este partido se encontraban filiados los jóvenes, que sólo consultaban su entusiasmo, y cuantos, sintiendo herido su amor propio nacional, veían como un acto infame hacer paz con un enemigo inicuo, cuyos solos derechos estribaban en la superioridad de la fuerza bruta: la otra fracción del partido de guerra la constituían los que en ella veían un recurso para concluir con el prestigio y poderío de los conservadores, adueñados de la administración del país, que ya empezaba á perder en ellos la fe, al ver que bajo ese dominio nada se adelantaba en bienestar público, nada se concluía con honor para la nación. Había, por último, una tercera entidad, infeliz y desgraciada como lo son todas las entidades medias, que no tenía conciencia para soplar la guerra, por convencimiento de nuestra falta de elementos y por el horror que le inspiraban las calamidades y desastres consiguientes á toda lucha armada; pero que tampoco se determinaba á proteger la paz, temerosa del desorden que pudiera suceder á su celebración, una vez que volvieran á encontrarse frente á frente las ideas que en su oposición habían aún de disputarse la victoria en el campo de la guerra civil.

Así las cosas, en la noche del 17 de mayo se recibió en México una comunicación del general Santa Anna anunciando su marcha á esta ciudad, causando en ella una alarma tal, que en la noche siguiente se tuvo por seguro un pronunciamiento con objeto de destituirle del mando del ejército y del gobierno de la República: en este plan andaban los políticos que temían el establecimiento de la dictadura, á la sombra de las facultades de que estaba investido el gobierno, pues se daba por disuelto el Congreso: lo secundaban enérgicamente los partidarios de la paz y los propietarios, temerosos de un asedio, en que su suerte fuera la de la heroica Veracruz, esto es, un salvaje bombardeo. La discordia en una parte de los conjurados, y la actividad que desplegó el gobierno, conferenciando con los directores de aquéllos destruyeron la revolución proyectada; y llamados unos y otros á un convenio, se dispuso la salida de una comisión que conferenciara á su vez con Santa Anna, para hacerlo desistir de su marcha y penetrar sus intenciones. Compusieron la comisión don Manuel Baranda, don Ignacio Trigueros y don José Fernando Ramírez, quienes en la madrugada del 18 salieron á llenar su cometido. A pocos pasos de la ciudad se convencieron de que el primer intento era ya imposible de conseguir, pues se encontraron con multitud de heridos y enfermos en el más infeliz estado, y ellos les dijeron que el ejército estaba ya en marcha y muy próximo. Prosiguió, sin embargo, su marcha la comisión, encontrándose en Ayotla con Santa Anna. Del resultado de la entrevista enterará á nuestros lectores la siguiente exposición del general presidente, que fué redactada en su presencia por don Fernando Ramírez. Dice así:

«Ejército de operaciones de Oriente.—General en jefe.—Excmo. Sr.—Desde el momento que llegué á este punto, supe con el más profundo pesar, y por conductos fidedignos, que mi aproximación á la capital con el ejército de Oriente había difundido entre sus habitantes una grande alarma causada por la idea de que se pretende defender á esa ciudad dentro de ella misma, como por la agitación de los intereses de partido, que poniendo en juego las pasiones políticas parece que esta vez han hecho causa común con los enemigos del honor y de la independencia de la nación. Alarmado con tales noticias, que abandonadas á su curso natural no solamente me arrebatarían el único bien que me resta en la tierra, el honor, sino que también podrían influir decididamente en daño de la santa causa que defendemos, he creído de mi deber suspender mi marcha, para dar cuenta al Supremo Gobierno de mi conducta y de mis intenciones, esperando que la lealtad y la franqueza con que se las daré á conocer, evitarán la última y la más horrible de las calamidades, que en las actuales circunstancias podrían afligir á nuestra patria; la desconfianza y división entre los que están llamados á salvarla.

»Cuando yo me puse en marcha para esa ciudad, fué en consecuencia de la resolución adoptada por la junta de guerra, de que dí conocimiento á V. E. en mi nota de anteañer, y por la cual se acordó la salvación de la capital como una medida necesaria y ventajosa aun

para las operaciones ulteriores de la guerra, juzgándose que ella podría bastar para un feliz y honroso término. No obstante estas convicciones, había determinado someter, á mi llegada á la capital, la misma cuestión á una nueva y más numerosa junta, presidida por el general más antiguo del ejército, proponiéndome acatar la resolución de ella, y aun hacer la resignación de mi poder militar según también lo manifesté en mi precitada nota. Tales eran mis designios, en los cuales protesto solemnemente no entraba ningún pensamiento de engrandecimiento personal ó de ambición, pues la nación ha visto que desde mi regreso á la República he pasado mi vida en la campaña, no acordándome del Poder Supremo sino cuando una mayoría de los representantes de la nación me llamó con instancia, para que pusiera un término á la guerra civil que destruía el corazón de la República.

»Ni esta abnegación tan completa, ni tantos ni tan patentes sacrificios como los impendidos, han bastado para destruir antiguas prevenciones: la calumnia y la sospecha han venido á añadir nuevo ajenjo en la ya demasiado amarga copa de mi vida, ¿y en qué circunstancias?... cuando conducía á la capital para su defensa un cuerpo del ejército sacado de entre sus escambros, y cuando no venía á pedir á la patria otra gracia que la de morir en defensa de su causa. Aunque esta no esperada ni merecida recompensa debía absolverse de todo compromiso, presentándose la oportunidad de eludir con honor la difícilísima situación en que me encuentro colocado, sin embargo, yo no he de dar ningún paso por el solo impulso de mi voluntad, ni se dirá jamás que el hombre en quien la nación había librado su salvación, no apuró toda especie de sacrificios, incluso el del amor propio y aun el del bien parecer antes de retirarse del frente del enemigo; y que si tal cosa hizo fué forzado por obstáculos invencibles; en suma, porque fué repudiado por sus mismos compatriotas.

»Concurriendo actualmente en mi persona dos especies de representaciones, ambas supremas, la una militar y la otra política, que respectivamente reclaman el cumplimiento de peculiares deberes, es necesario satisfacer á ambas y lo haré tan neta y cumplidamente como son estrechas las circunstancias en que se me ha colocado. El primero exige que manifieste franca y explícitamente mis convicciones con respecto á las operaciones militares confiadas á mi cargo, y aquéllas son que la guerra debe continuarse hasta obtener una cumplida justicia de nuestro injusto agresor, y también que para llegar á este resultado, es necesario salvar la capital á todo trance, ya por ser su defensa una base de las ulteriores operaciones, ya porque temo fundadamente que ocupada aquélla sin resistencia, el espíritu público desmaye y acarree la completa sumisión del país.

»Mi deber de primer magistrado de la nación, hoy atrozmente vejado é indignamente sospechado por injustos ó artificiosos detractores, exige que remueva el pretexto inventado por la perfidia y por la pusilanimidad para nulificar los numerosos esfuerzos que están dispuestos á hacer los buenos ciudadanos para salvar su independencia y su honor. A fin de llegar á este resultado es indispensable hacer conocer al gobierno mi programa, que ya he insinuado en otras ocasiones, y que ahora resumo en los dos puntos siguientes: primero, hacer la guerra bajo la base antes indicada: segundo, considerar como uno de los medios necesarios el día de hoy la salvación de la capital. Estando resuelto á no transigir sobre ninguno de estos puntos, manifiesto á V. E., para que lo ponga en conocimiento del

Excmo. Sr. Presidente, que si se resolviese en contra, desde luego se tenga por formalizada mi dimisión del mando en jefe del ejército y de la primera magistratura de la República, expidiéndome el correspondiente pasaporte para retirarme adonde me convenga.

»Podrá suceder que, sin embargo de que haya absoluta conformidad con mis ideas, se crea que yo mismo soy un obstáculo para llevarlas á su debido efecto. Ya he dicho que las circunstancias serían para mí propicias para salir de la situación comprometida á que he llegado, de una manera fácil y honrosa, con una pronta dimisión; pero tengo una alta idea de mis deberes: sé los compromisos que contraí con la nación cuando me colocó al frente de ella, confiándome su preciosa defensa; jamás haré traición á esos deberes, y una separación voluntaria de los negocios me hace creer implicado en una deserción infamante. Mi patria me tiene á su lado, estoy resuelto á desempeñar la misión á que se me ha llamado hasta su último extremo y mis más caros intereses y mi propia existencia están colocados en el altar de la libertad é independencia de mi patria. Mas como yo deseo escuchar y acatar la sana opinión, quisiera que hablándoseme con lealtad y con franqueza se me manifestara por el supremo gobierno si se cree que debo separarme de los cargos que se me han confiado, y no titubearé un momento en dejarlos. Habré así cedido á votos respetables, y no á los cálculos del interés individual ni de facción. Me retiraré tranquilo haciendo el último sacrificio, cual es el de mi propia opinión, y el de satisfacer mis deseos de derramar mi sangre por mi patria, y estar á su lado en los momentos de su aflicción. Los señores don Manuel Baranda, don Ignacio Trigueros y don José Fernando Ramírez, que animosamente han venido á visitarme, llevan el encargo de ser mis intérpretes ante el supremo gobierno, y les he suplicado que expliquen estas ideas tales como las han escuchado de mi boca.

»Sírvase V. E. dar cuenta con esta nota al Excelentísimo Sr. Presidente, suplicándole que á la mayor brevedad se digne mandar se me conteste, para mis ulteriores determinaciones.

»Dios y Libertad. Cuartel General en Ayotla, á 18 de mayo de 1847.— *Antonio López de Santa Anna*.— Excmo. Sr. Ministro de Guerra y Marina.»

Las buenas disposiciones de Santa Anna estuvieron á punto de desaparecer al presentarse de un modo intempestivo en Ayotla el general Tornel, que le inculcó ideas enteramente contrarias, conjurándole para que marchara á encargarse del gobierno, *pues*, le dijo, *su seguridad personal y la salvación de la República dependían de este paso*. Le aseguró, además, que la oposición á su persona era *como de cuatro á cinco*, y que la población entera lo llamaba. A pesar de esto, Santa Anna resistió, y aunque la nota estaba en borrador, la mandó poner en limpio y la suscribió, entregándola á la comisión, que, puesta en marcha para la capital, llegó á ella cerca de las nueve de la noche, confiada en que el general en jefe no se movería de Ayotla hasta recibir la respuesta del gobierno. Esta se ponía en limpio, manifestándole que podía volver, aun para encargarse del gobierno, cuando se presentó en palacio un ayudante suyo para avisar que llegaría dentro de dos horas, sin dar tiempo á la comisión para volver con la

respuesta, cuyo sentido favorable ignoraba. No causó la mayor sorpresa su determinación, pues todo se temía de él, y por esta causa sus opositores en la Cámara se apresuraron, una vez recibida su nota del 17, á concluir y aprobar sus reformas á la Constitución de 24, entendiendo que con sólo este hecho acababan las facultades extraordinarias que tenía concedidas al gobierno.

En cuanto hubo entrado en México, dando de mano, con esa audacia que siempre fué en él característica, al gobierno y al Congreso, resolvió ó hizo resolver á la junta de generales que convocó el día 20, hacer de la ciudad de México la base general de las operaciones y continuar la guerra, fundándose en que «no era lícito permitir jamás que la República llegase al extremo vergonzoso de pasar por una paz que sería la ruina y la ignominia de la República misma.» Así determinado este punto, cuya resolución fué una irregularidad, pues no correspondía á la junta tomarla, Santa Anna manifestó que «haciendo un nuevo sacrificio, se hallaba dispuesto á tomar as riendas del gobierno,» en vista de que á ello le invitaba el presidente sustituto, alegando el mal estado de su salud. Se ha dicho que todo esto importó la resurrección política de Santa Anna, nulificado desde la derrota de Cerro Gordo: no opinamos así nosotros; si Santa Anna pudo entonces imponerse una vez más á sus compatriotas, no fué porque conservara ya resto alguno de su prestigio; hízolo porque así se lo inspiró su extraordinario amor propio, capaz de intentar, cuando menos, esa especie de golpes de su osadía sin ejemplar; hízolo porque todo podía ensayarse contra una administración que ninguna importancia supo adquirir en la época de su ejercicio; hízolo porque la desunión, la anarquía, que entonces reinaba absoluta, ningún otro elemento más fuerte podía oponerle; hízolo, en fin, porque el partido liberal, que se veía maltrecho por la astucia é influencia del moderado, se ligó con Santa Anna por el intermedio de Tornel, autor de aquel más ó menos efímero nuevo orden de cosas. Dejemos á los hechos la comprobación de que nada de aquello significó que Santa Anna se hubiese rehabilitado ó restituído á su antiguo prestigio.

El Congreso, presidido entonces por don José Joaquín Herrera, decretó el día 20 que al siguiente se presentasen el Supremo Poder Ejecutivo y la Suprema Corte de Justicia en el salón de sesiones á prestar el juramento de guardar y hacer guardar el acta constitutiva y la Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos, sancionada en 1824 y reformada en 1847. El mismo día 20 Santa Anna, como presidente interino, remitió para su publicación el decreto á don Manuel Baranda, ministro de Relaciones interiores y exteriores. En el acto del juramento pronunciáronse los discursos de costumbre: Herrera elogió el sistema federal, tan provechoso á la seguridad interior como á la defensa exterior, en cuya comprobación dijo: «con semejante institución, un pueblo nunca sucumbe por un solo golpe; una federa-

ción salvó á la Grecia, otra libertó á los Países Bajos, y sólo ante las federaciones vió Roma humillado su poder.» En su respuesta no negó Santa Anna «lo luminoso de las ideas vertidas por Herrera,» pero en vez de explicarlas, creyó más del caso hablar de sí mismo: «He repetido muchas veces que estoy muy distante de las aspiraciones del poder.. yo hubiera dejado este puesto haciendo una formal dimisión; pero nos hallamos en el momento del peligro, y no he querido manchar mi nombre con un acto que podría titularse deserción ó cobardía... Me presento á decir que he combatido sin cesar por la independencia de mi país, y que no he de ser yo quien lo abandone en su conflicto; que he arrosado con obstáculos invencibles; que tengo delante de mí una senda de penalidades y desgracias, y que voy á lanzarme por ella, porque creo también que por ella podré afirmar una vigorosa defensa, á la que decididamente estoy resuelto tanto como lo estuve siempre, y como debe estarlo todo aquel que ame á su patria y se estime á sí propio.» Sobre este asunto volvió en su manifiesto á la nación, expedido el día 22. Comienza haciendo el elogio de su actividad y empeño en salir á buscar de frente al enemigo, y se muestra satisfecho de haber cumplido con su deber; lamenta no haber encontrado en Puebla y frente al extranjero sino una absoluta indiferencia; repite que la junta de guerra reunida en San Martín Texmelucan, resolvió que el ejército de Oriente siguiera su marcha á la capital para defenderla y salvarla á todo trance, pues sus relaciones de siglos con el resto de la República influye de tal manera sobre sus destinos, que perdida una se exponía á perderse la otra, como se vió en la época del imperio de los aztecas. «Mi vuelta al ejercicio de la suprema magistratura por los pocos días que transcurrirán hasta la nueva elección, ha sido un accidente y también una necesidad por la renuncia á continuar en el mando del modesto, del acendrado patriota que tan dignamente ha gobernado durante mi ausencia en la campaña. Obligado, á pesar de mi más viva resistencia, á encargarme de la dirección de los negocios, sometí desde luego á la deliberación de todos los generales existentes en la capital, la cuestión de su defensa, y ella fué acordada por unanimidad, consultándose no menos á las reglas del arte que á la conveniencia de alejar de la población el riesgo de sufrir por los proyectiles del enemigo. Mas si las necesidades de la guerra la trajeron á esta misma bella ciudad, tendrá presente que mucho vale, pero menos que la nación entera, y que una gloria inmarcesible se le aguarda si se resuelve á imitar el ejemplo de grandes pueblos que todo lo perdieron menos el honor. También es necesaria la cooperación de todas las clases de la sociedad y de todos sus individuos; el clero no puede en conciencia consentir la dominación de un pueblo que admite como dogma de su política la tolerancia de todos los cultos religiosos. ¿Se resuelve ya á sufrir que frente al templo

mismo en que se adora la Hostia Santa se levanten las iglesias de los protestantes? El sacrificio de una porción de sus bienes lo libraría de perder el resto, con los privilegios que respetan nuestras leyes y que no consienten las de los Estados Unidos. ¿Ignoran los propietarios cuán duros son y cuán exigentes los decretos del conquistador?... Ha llegado, pues, el momento de exponerlo todo para salvarlo todo. ¡Ay del que no comprenda la gravedad de la situación!» Hace después notar que los Estados Unidos decidieron la invasión cuando nos vieron debilitados por las discordias civiles, «y cuando el enemigo consume sus depravados intentos, no escarmentamos todavía: la desunión progresa, la sedición cunde, las pasiones políticas se agitan en el peor sentido, y como si fuera poco que el enemigo extranjero nos combata, nos encargamos de desvirtuar á las autoridades, procuramos con funesta ceguedad y empeño que nada puedan en defensa de la patria. De estas verdades soy á la vez el testigo y la víctima... Mi ánimo no era más esforzado en Tampico que en Cerro Gordo, y la fortuna que me permitió agregar allí un laurel á tantas glorias de la nación, ha rehusado que asegure su dicha...» El manifiesto concluye renovando sus ofrecimientos de luchar sin descanso por la patria y la federación.

Las alusiones que el manifiesto contiene relativas al mal sentido en que se agitaban las intrigas de partido referíanse todas al moderado con el que acababa de romper, persuadido por Tornel, Rejón y otros, de que el suceso de Ayotla había sido un manejo cauteloso para ponerle fuera de combate, obligándolo á él mismo á desnudarse del poder, todo por enredos del ministro Baranda, á quien debía separar de su lado. No dijéronlo á ningún sordo, y así lo hizo, corriéndole un desaire cruel, como fué el de derogar un decreto expedido por aquél; derogación que consumó sin siquiera participárselo, ni decírselo después de hecho. El citado decreto, fechado el 17 de mayo, disponía que los propietarios de fincas rústicas y urbanas no pudieran ser demandados por el pago ó redención de los capitales que reconocieran y por su origen ó último poseedor perteneciesen á corporaciones ú obras pías. En cuanto esta disposición dictó Baranda, el señor Irisarri, como gobernador de la mitra, expuso contra ella, reclamando el decreto de inmunidad de su iglesia, para extorsionar al labrador y al censualista é impedir que los capitales reconocidos por éstos llegaran á caer algún día en manos de algún gobierno desamortizador: las últimas leyes que habían amenazado á los intereses del clero justificaban ese temor: derogadas por la que siguió al motín de los *polkos* y facultado el poder eclesiástico para realizar sus propiedades con el fin de acudir al remedio de las urgencias generales, dióse la mayor prisa que pudo á aprovechar la autorización, para salvar sus riquezas, quitándolas, por decirlo así, de la vista; pero como en gran

parte consistían en imposiciones de capitales, la proyectada realización se la dificultaba si se quería obligarle á dejárselos á los censualistas; y olvidando que precisamente en esto habíase hasta entonces fundado para rechazar toda exigencia de dinero, pues para obsequiarla tendría que arruinar nuestras agricultura é industria, que con ellos se fomentaban, exigió á su vez la redención. El gobierno quiso proteger á los despojados y dictó su decreto de 17 de mayo, que Santa Anna derogó el 5 de junio, atento sólo á correr un desaire á Baranda y á hacerse de recursos pecuniarios, pues sólo encontró disponibles ciento ochenta mil pesos del millón y medio que hasta entonces había proporcionado el clero, y el obispo de Michoacán se resistía á entregar su parte ó cuota, mientras no se derogase la ley del 17. Loperena fué el agente de esa derogación, que Baranda aprovechó para dimitir su cartera, en cuyo despacho no le quería ya Santa Anna.

El Monitor Republicano, que como hemos hecho notar varias veces no fué en su origen lo que después llegó á ser, se hizo el principal impugnador de esa ley y el más ardiente sostenedor del clero. Este había repetido, y con especialidad en los primeros meses de aquel año, que sus capitales impuestos á censo formaban el banco de avío de la agricultura, de la industria y del comercio, y que una vez distraídos de su empleo para vaciarlos en el tesoro público, la nación gemiría bajo el azote de una bancarrota general, que reduciría á la desesperación y á la miseria á una infinidad de familias. Hiriendo así una de las fibras más delicadas del corazón humano, se atrajo las simpatías de los infinitos interesados, y escudándose con la sociedad misma, cuyos intereses tomaba bajo su protección, pudo hacer frente y resistir con ventaja al inminente peligro en que lo puso la ley de 11 de enero. Pero en cuanto hubo conseguido su derogación, cambió de juicio y exigió la redención forzada, persiguiendo á los censatarios que la resistieron. Este proceder se fundaba en el mismo argumento que el señor Peña y Peña encontró ser la base del derecho que el clero se atribuía para legalizar sus enajenaciones de alhajas de los templos, derecho reducido, según el eminente jurisconsulto, «á que no es justo impedir á los administradores eclesiásticos la venta libre de las alhajas y plata de las iglesias, porque lo hacen con el laudable objeto de precaver en tiempo que la autoridad temporal alguna vez se eche sobre ellas y las destruya y disipe en perjuicio del sagrado objeto á que están destinadas; extendiéndose algunos hasta justificar semejante procedimiento por la regla de que *de dos males el menor*, ó como dicen otros usando de la frase vulgar, *lo que ha de cogerse un judío, justo es que se lo coja antes un cristiano* ¹» La derogación de la repetida ley obedeció,

¹ Lo absurdo de la derogación de la ley de 17 de mayo lo demostró el *Diario del gobierno* con el siguiente ejemplo:

«Aunque las diferencias entre una y otra situación sean palpables, sin embargo, no estará por demás reducirlas á un caso prác-

como hemos dicho, á la necesidad imperiosa de hacerse de recursos pecuniarios, que el clero se negaba á facilitar, alegando que con ella se le impedía la adquisición de numerario, que en vano se había buscado ni aun negociando con notable pérdida las letras aceptadas por el clero, cuyos agentes comenzaron á recoger, comprándolas á vil precio. De esas dificultades nos da una prueba concluyente un párrafo de un artículo del *Diario* del 8 de junio que decía así: «Si en las transacciones administrativas vienen algunos quebrantos, esto no es ciertamente culpa del ministerio que cede al imperio de una necesidad, y que paga consecuencias de un descrédito que no viene de hoy, aumentado respecto de las letras del clero, que á consecuencia de la ocupación de sus bienes, dejó de cubrir los compromisos contraídos antes con el gobierno y negociados por éste. De aquí resultó tal desconfianza para los negocios de esta clase, que el señor ministro de Hacienda, necesitando treinta mil pesos para completar una remesa al ejército de Oriente, seis días antes de la desgracia de Cerro Gordo, los buscó en vano de puerta en puerta, por sí y por medio de los corredores más acreditados en el comercio, con la prenda de cien mil pesos de libranzas aceptadas por el clero, y por sólo el término de un mes.»

No eran sólo las hacendarias las dificultades que rodeaban á Santa Anna y le daban la medida de su ninguna importancia política. Cierto es que el Congreso no

tico, formando un paralelo entre la suerte que deparaba á un agricultor la *herética y maldecida* ley de 11 de Enero, y la que hoy se le prepara con las muy *justas y canónicas* ejecuciones que se pretenden intentar. Al efecto, tomaremos por supuesto uno de los casos más comunes; es decir, el de un propietario que reconociera á obras pías los dos tercios de su caudal, estimado en 120,000 pesos. Veamos á lo que quedaría reducido después de la redención, según se le exigiera ya por la una ó por la otra ley.

Por la ley de 11 de Enero

Ha de haber líquido, deducido el importe del censo . . .	\$ 40,000
Idem por rebaja de la cuarta parte del capital de 80,000 pesos.	20,000
Idem por réditos que deja de pagar desde la primera exhibición, despreciando fracciones.	3,700
Líquido haber después de la redención.	\$ 63,000

Por una ejecución

Ha de haber.	\$ 120,000
Debe por capitales impuestos á censo.	\$ 80,000
Por quiebra de una tercera parte que debería sufrir en el valor de los bienes que se sacarán á la asta pública para realizar aquella suma.	40,000
Importa el debe.	\$ 120,000
Idem el haber.	120,000
Líquido haber después de la redención.	000,000

» ¡Hé aquí la inmensa diferencia entre uno y otro evento!... En el primero, el agricultor no sólo conservaría su fortuna, sino que la aumentaba á lo menos en la *mitad*; á la vez que en el segundo todo lo pierde, quedando inopinadamente reducido á la miseria. Pues bien, si aquella ley, no obstante su indispensable equidad, fué reclamada por las autoridades civiles de muchos Estados, como ruinosa á la agricultura y á la industria, y herida por los anatemas del episcopado con las notas de *antieconómica, inmoral é incendiaria*, ¿qué calificación merecerá la doctrina de los que pretenden autorizar la redención forzada de los censos por medio de ejecuciones judiciales?...»

le admitió la renuncia que de la presidencia tenía hecha, quizá porque sabía que así iba á resolverse; pero también lo es que ni entre sus viejos camaradas los militares contaba con simpatías, lo cual le obligó á desatarse en su persecución, medida duramente censurada en *El Monitor* del 7 de junio en un artículo editorial bajo el rubro de *El general Almonte*. Los perseguidos, algunos puestos en prisión afrentosa, fueron: el general Arista, cuya causa por los sucesos de Palo Alto y la Resaca se mandó sobreseer, con objeto de emplearlo en el ejército, pero cuya gracia rehusó, negándose á servir: los generales Bravo y Rincón, que renunciaron el mando del ejército de Oriente: el general Miñón, cuya causa por faltas en la Angostura se hizo revivir, así como las que tenían pendientes los generales García Conde y don Juan Morales: el general Requena, á quien se confinó como irrespetuoso á Zacatecas, y los generales Almonte y Ampudia, puesto el primero á disposición del poder judicial, y declarado el segundo de cuartel: los generales Canalizo y Urrea, aunque empleados por el gobierno, eran también objeto de una vigilancia mortificante para su honor militar. A los cargos de *El Monitor*, el periódico oficial contestó: «No está en el arbitrio del gobierno poder emplear y distinguir á generales que se han imposibilitado ellos mismos. ¿Cómo podrá el gobierno hacerse criminal, siendo frío espectador de evasivas negligencias, conatos revolucionarios, deserciones y otras faltas que no puede ni debe tolerar, tan sólo por ganarse simpatías? ¿Cómo podrá rodearse de hombres que, por mucho que pueda esperarse de ellos, no quieren servir sino es bajo su sola voluntad, ó trastornando todo el orden establecido?» Cuando poco después los primeros se quejaron de que el general Arista hubiese sido confinado á Ciudad de Bravos, el mismo periódico oficial contestó en su número de 18 de junio lo siguiente: «El general Arista ha sido demasiadamente considerado en todas las épocas, quizás como él no ha merecido, por el actual presidente interino, hasta haber contribuído S. E. á la elevación en que hoy se encuentra, y las distinciones y las consideraciones y los beneficios que le ha prodigado han sido correspondidos de la manera más indigna. De aquí es que no debe extrañarse que se tomen precauciones con un hombre siempre pérfido, y que no tiene la virtud siquiera de la gratitud. Basta por hoy, pues si se nos provocase por esta respuesta, no tendremos inconveniente en publicar la biografía de un hombre que ha llegado á la última escala de la carrera militar por una serie de hechos que quisiéramos no recordar, sin que la nación le deba una sola gloria en sostén de sus derechos y de su nacionalidad.» A estos impertinentes desahogos del periódico oficial correspondían el *Boletín de la Democracia*, *El Razonador* y *El Monitor*, con pesadeces ó burlas, una de las cuales, y la que más hirió á Santa Anna, fué la que en su número del 14 de junio le hizo el último de los periódicos nom-

brados, con motivo de la segunda renuncia que de la magistratura suprema presentó el 2 de aquel mes, retirándola á los pocos días, fundándose en uno y otro caso en que la patria le exigía ambos sacrificios. «Llama la atención, decía *El Monitor*, la vida de sacrificios que se ha impuesto el general Santa Anna, pues se ha sacrificado al entrar al poder, al renunciarlo y al retirar su renuncia. ¿Quién le habrá dicho que hay grandes intereses políticos y nacionales que hagan absolutamente preciso en ningún caso que el general Santa Anna ocupe el poder?» Creemos que con lo dicho basta para dejar demostrado que el haber vuelto Santa Anna á la presidencia y á la capital, no importó una resurrección: odiado por muchos, y mal querido por la generalidad de sus conciudadanos, se impuso entonces una vez más á ellas, prevalido de su audacia y del lamentable desorden que reinaba en aquella época infeliz.

Mientras esto pasaba en México, había llegado al cuartel general de Scott Mr. Nicolás Trist, agente confidencial de los Estados Unidos, trayendo una comunicación del ministro de Estado Buchanan para nuestro secretario de Relaciones, avisándole el nombramiento de dicho agente, que permanecería en el cuartel general dispuesto á trabajar oportunamente en el arreglo de las diferencias de ambas Repúblicas ¹. Sin entrar en explicaciones con Scott, de quien era enemigo, Trist, al desembarcar en Veracruz, le remitió cerrada y sellada la comunicación susodicha, encargándole la hiciese llegar á México. Scott le respondió desde Jalapa, donde estaba aún, que no era aquella propicia ocasión para entrar en arreglo de paz, y se mostró resuelto á impedir cualquiera intervención ajena en el ejercicio de su propia autoridad, quejándose agriamente de la conducta de su gobierno, hostil para con él. Por mediación del general Smith, antes de llegar á Puebla vinieron á reconciliarse Trist y Scott, convencidos de que uno y otro se eran mutuamente necesarios para el cumplimiento de sus encargos respectivos. La entrega de la nota de Buchanan, que en la segunda quincena de junio fué puesta en manos de nuestro ministro de Relaciones don Domingo Ibarra, sucesor de Baranda, por el representante británico Mr. Bankhead, quien por ella envió á Puebla á su secretario Thornton, fué contestada el 22 de aquel mes en el mismo sentido que habíano sido todas las análogas anteriores. Al Ejecutivo mexicano nada le tocaba resolver; el asunto correspondía al Congreso, al cual se pasaba la nota de Buchanan. En lo oficial y público nada podía hacerse; pero en lo privado y secreto ocurriósele á Santa Anna, que también de diplomático presumía, sacar partido de aquellas pláticas. Al efecto, y según Ripley, agentes particulares de Santa Anna manifestaron en lo confidencial á Trist, que nuestro caudillo no creía posible arre-

glar el ajuste de la paz sin el empleo de un millón de pesos, exhibible por el invasor á la conclusión del tratado, y á buena cuenta de cuya cantidad tendría que entregar diez mil pesos desde luego, bajo cuya condición el mismo Santa Anna procedería al nombramiento de comisionados mexicanos que dieran principio á las negociaciones oficiales. De lo que indica el expresado historiador, se desprende que los agentes secretos hablaron de la necesidad que habría de esos fondos para vencer resistencias, principalmente en el Congreso, donde el Ejecutivo no contaba con mayoría de votos en el sentido de la paz. Trist comunicó tan delicado asunto á Scott y éste á Pillow, á quien ambos atendían y consideraban por su importancia en el partido demócrata y su amistad particular con el presidente Polk.

El mayor general Scott se inclinó desde luego á la admisión de la propuesta. A las objeciones de Pillow de que el empleo del cohecho era reprobable en sí mismo, de que no se compadecía con la práctica del gobierno de los Estados Unidos, y de que no podía contar con el apoyo ó la aprobación del pueblo norte-americano, Scott replicó que el cohecho no era culpable de suyo en este caso, puesto que quien lo solicitaba se había puesto precio á sí mismo, demostrando con ello que ya estaba corrompido: que el gobierno de los Estados Unidos había sancionado el gasto secreto de cinco millones de pesos en el arreglo de la cuestión de los límites al Noroeste, y acostumbraba hacer á los jefes de las tribus indígenas y de Berbería regalos que no eran otra cosa que cohechos. En cuanto á las dificultades de la falta de dinero, y la inversión aquí de una parte de los tres millones asignados para los gastos de la paz con México, que Trist estaba autorizado á girar, y cuya inversión requería comprobantes sujetos á la publicidad si la exigía el Congreso de los Estados Unidos, Scott manifestó que la erogación se efectuaría con cargo á alguno de los departamentos ó secciones del ejército, y que él estaba dispuesto á asumir toda la responsabilidad, y á dar explicaciones del gasto ante la comisión de investigación que el Congreso pudiera nombrar á tal efecto. En vista de las razones de Scott, Pillow cedió y convino en que se siguiera esta negociación, más bien que marchar sobre México y dar otra batalla para obtener la paz ó la posesión de la capital. «Arreglado así el asunto, dice Ripley, fueron enviados por M. Trist comunicaciones en cifra, cuya clave había sido recibida de México, á los agentes secretos de Santa Anna, notificándole por conducto de ellos, que su proposición era aceptada, y los diez mil pesos estipulados de contado inmediatamente fueron pagados del dinero que para gastos secretos tenía el general Scott á su disposición.» Puesto el asunto en conocimiento de los demás generales del ejército americano residentes en Puebla, en junta secreta en que se les consultó si debería avanzarse sobre México desde luego ó esperar los refuerzos que conduciría Pierce,

¹ Volvemos á seguir y extraer la obra del señor Roa Bárcena, quien trabajó para cuantos de la invasión americana hayan de escribir.

resolvieron suspender toda operación hasta la llegada de éste, y pocos aprobaron las negociaciones con los agentes de Santa Anna; pero Scott expresó resueltamente que se seguirían, asumiendo él toda la responsabilidad. Pasada la nota de Buchanan al Congreso, éste no pudo ocuparse de ella por falta de *quorum*, y la comisión respectiva no vino hasta 31 de julio á presentar dictamen, haciéndolo en el sentido de que el Ejecutivo resolviera con arreglo á sus facultades, lo cual nada significaba, supuesto que no entraba en ellas el hacer la paz. El nuevo ministro de Relaciones don Ramón Pacheco, así lo manifestó á la Cámara en nota de 16 del mismo julio, insistiendo en la necesidad de que este cuerpo tomara una resolución definitiva, rechazando la idea de apertura de negociaciones, ó quitando al Ejecutivo las trabas que le impedían obrar por sí en materia tan delicada. El Congreso, de acuerdo ó sin él con el gobierno, dió carpetazo á la nota de Pacheco y dejó dormir indefinidamente el asunto.

A fines de julio la política del gobierno, á juzgar por las declaraciones del *Diario Oficial*, se encaminaba á la paz; pero ajustándola después que México obtuviera alguna ventaja en la guerra, ventaja que salvaría el honor nacional, comprometido por las derrotas hasta entonces sufridas, y que disminuiría las pretensiones del invasor. Éste comenzó á abrigar desconfianzas, aumentadas con el aviso que en lo privado envió Santa Anna á Scott, de que, para vencer los obstáculos y dificultades que se oponían al inmediato nombramiento de comisionados nuestros, sería de todo punto necesario que el ejército de los Estados Unidos avanzara y amenazara á la capital. Algunos días después, al terminar julio, y cuando en Puebla estaban en plena actividad los preparativos de marcha, nuevo recado de Santa Anna, por medio de sus agentes, á Trist y Scott, declaraba que el único modo de negociar la paz consistiría en que los norte-americanos invadieran el valle de México, atacaran y tomaran alguno de los puntos de nuestra primera línea de fortificaciones, y, haciendo alto en él, enviaran bandera blanca ofreciendo un armisticio y la abertura de las pláticas de un arreglo. Scott, de pronto, contestó aceptando lo propuesto, con excepción del envío de la bandera blanca, inmediatamente después de su triunfo parcial; pero en seguida, alarmado con nuevas reflexiones suyas y de Pillow, despachó segunda comunicación, declarándose relevado de todo compromiso. Aquí paró la negociación secreta, continúa diciendo el autor á quien copiamos, sin resultado alguno posterior, y cuyos fines de parte de Santa Anna no fueron otros que adormecer y entretener al invasor mientras preparaba la defensa de la capital; hacerle internar en el valle de México antes que recibiera nuevos refuerzos, y entonces derrotarle con su superioridad numérica. El primer objeto parece que lo consiguió, pues Scott se detuvo en Puebla hasta el 7 de agosto, aunque según Ripley la detención fué

debida al acuerdo tomado en junta de guerra, de esperar la llegada de las tropas de Pierce. «Pero lo hábil del plan, concluye el señor Roa Bárcena, y de su ejecución en la parte realizada no extirpa lo inmoral ni lo indecoroso de sus medios, no aceptables ni en el género de los ardides y la travesura á que fué Santa Anna tan inclinado en su juventud. El carácter secreto y misterioso de las pláticas; la propuesta de recibir, también secreta y misteriosamente dinero de manos del enemigo para vencer resistencias en el camino de la paz; la indicación de que ésta se facilitaría con la toma por Scott de alguna de nuestras obras de fortificación en la capital; finalmente, la percepción por los agentes secretos, de una cantidad miserable, fijada probablemente en proporción tan exigua para facilitar su entrega y que ésta sirviera como de sello al compromiso del invasor, son hechos impropios del jefe de una nación, y que extienden sombras y manchas sobre el buen nombre de la nación misma, por más que el enemigo haya, al cabo, comprendido los verdaderos fines de la negociación y lo tupido de la red que se le tendió. Ni individual ni colectivamente podemos apartarnos de la rectitud y la honradez en los negocios más ó menos arduos, sean privados ó públicos.»

Decidida en la junta de generales del 20 de mayo la defensa de la capital, se procedió á las obras necesarias en las dos líneas en que debería apoyarse, constituyendo la primera los fuertes destacados en las gargantas ó puntos de preciso tránsito para el enemigo, y la segunda el perímetro mismo de la ciudad. Los trabajos se ejecutaron bajo la dirección de don Ignacio Mora y Villamil, á quien reemplazó en el mando de la división que había quedado en San Luis después de la Angostura, el general don Gabriel Valencia, por disposición, como ya dijimos, de Baranda, mal recibida primero por Santa Anna y después confirmada por éste. Los principales puntos fortificados fueron el Peñón Viejo, que defendía la ciudad por Oriente; Mexicalcingo, Hacienda de San Antonio y convento y puente de Churubusco, al sur: al suroeste Chapultepec, cuya artillería dominaba los caminos que vienen del oeste á las garitas de Belén y San Cosme, fortificadas también, lo mismo que Santo Tomás. Por el norte, se comenzó á fortificar los cerros de Zacoalco y Guerrero cerca de Guadalupe, pero después se limitó la defensa á las garitas (ó puertas) de Nonoalco, Vallejo y Peralvillo. Se creyó que el Peñón, avanzado sobre el camino de Puebla, sería el primer punto de ataque del enemigo, y por tal causa allí se ejecutaron las obras más importantes, dirigidas por el coronel don Manuel Robles, en sus tres principales alturas de Tepeapulco, Morelos y Moctezuma. Con grandes sacrificios de dinero y no menores dificultades, se armó de fusiles, muchos en mal estado, á los nuevos cupos de reclutas: se elaboró el material de guerra y se fundieron cañones, de los que algunos resultaron tan excelentes como los que traían los

americanos, y cada jefe se esmeró en la organización y aprendizaje de sus respectivos cuerpos. La división del Norte salió de San Luis para México en los primeros días de julio, trayendo una numerosa artillería, pues montaba á veintidós piezas, entre ellas las dos americanas quitadas al enemigo en la Angostura, y un efectivo de más de cuatro mil hombres á las órdenes de Valencia, que con ellos llegó el 27 de julio á la villa de Guadalupe. El total de las fuerzas reunidas en México por Santa Anna, incluyendo la caballería de don Juan Álvarez, ascendía á veinte mil hombres con unas cien piezas ¹. El plan de Santa Anna era puramente defensivo, y consistía en guardar con el grueso de su artillería y de sus fuerzas los puntos de su primera línea de fortificaciones, contando como cuerpos volantes exteriores con la división de caballería de Álvarez y el ejército del Norte á las de Valencia. Santa Anna había mandado situar á don Juan Álvarez con su expresada división en Anacamilpa, á fin de que tomara la retaguardia del enemigo, interponiéndosele del lado de Puebla, luego que el ejército de Scott avanzara más acá de San Martín Texmelucan, y se previno al mismo Álvarez que le viniera siguiendo y hostilizando en lo posible, y que le atacara decididamente cuando le viera empeñado sobre alguno de nuestros puntos fortificados, aprovechando en todo caso los descuidos y obrando siempre con la debida prudencia. El objeto principal del ejército del Norte, trasladado á Texcoco el 10 de agosto, era observar al enemigo, debiendo replegarse á Guadalupe si Scott tomaba la dirección del primero de dichos puntos, ó atacar por retaguardia á los invasores si se decidían á embestir el Peñón, en cuyo caso cargaría también sobre ellos la caballería de Álvarez, á quien se previno que obrara de acuerdo y combinadamente con Valencia. Resulta, pues,

¹ Aparte del ejército del Norte, al mando de Valencia, y de la división de caballería de don Juan Álvarez, se formaron las siguientes brigadas, de que disponía directamente Santa Anna:

«La del general Terrés, compuesta del 1.º Activo de México, Activo de Lagos y 2.º Ligeros de infantería.

»La del general Martínez, compuesta del Activo de Morelia y del cuerpo de Inválidos.

»La del general Rangel, con los cuerpos de Granaderos de la Guardia Mixta de Santa Anna, batallón de San Blas, Nacionales de Morelia y Compañías de San Patricio.

»La del general Pérez, con los cuerpos 1.º, 3.º y 4.º Ligeros y 11.º de Línea.

»La del general León, con los Activos de Oaxaca y Querétaro, Nacionales de Querétaro y de Mina (estos últimos de la guardia nacional del Distrito) y 10.º de infantería.

»La del general Anaya, con los demás cuerpos de la guardia nacional del Distrito, ó sea Independencia, Bravos, Victoria é Hidalgo.

»Por último, la del coronel Zerecero, formada de piquetes de Aldama, Galeana y Matamoros, del batallón de Acapulco y de una parte de los de Tlapa y Libertad.

»Algunos otros cuerpos procedentes del Sur hubo en San Antonio y Coyoacán á las órdenes del general Andrade.

»El efectivo de todas las fuerzas, incluyendo la división de caballería de Álvarez, ascendía á 20,000 hombres con unas 100 piezas de artillería.

»Esta arma tenía de director al general Carrera y de comandante general al coronel don José Gil Partearroyo: los coroneles Aguado é Iglesias mandaban un batallón de artilleros á pie y la artillería de á caballo.»

que ninguno de estos dos jefes debía presentar ni empeñar acción sino en el caso previsto por el cuartel general; esto es, atacando á los norte-americanos por la espalda cuando éstos embistieran alguna de las posiciones de nuestra línea. La división del Norte ó de Valencia fué el día 8 revistada por Santa Anna, que con tal objeto se presentó en la villa de Guadalupe, en cuya colegiata asistió á la solemne misa dispuesta para implorar el favor del Todopoderoso: á la revista siguió un gran banquete con que le obsequió el general Valencia.

A las dos de la tarde del 9 una pieza de á 16 disparó el cañonazo de alarma, anunciando la proximidad del enemigo y recordando á todo mexicano de diez y seis á cincuenta años de edad el deber en que estaba de presentarse con armas ó sin ellas en los puntos fortificados de la capital, según disposición del día anterior dictada por el ministro de la Guerra don Lino Alcorta, y circulada por don Manuel María Lombardini, general en jefe del ejército de Oriente. Desde el principio de la mañana habían corrido noticias anunciando que el 7 se había movido de Puebla la vanguardia enemiga, y multitud de gente de todas clases agrupada en las inmediaciones y en los patios del Palacio Nacional y las bandas y músicas de los cuerpos situadas frente á ese edificio aguardaban impacientes la señal de alarma. «A las dos en punto, dice el *Diario del Gobierno*, se disparó el cañonazo, y su majestuosa detonación fué acompañada con vivas entusiastas á la República y al excelentísimo señor presidente, y con mueras á los enemigos de la patria; y como al mismo tiempo rompían las bandas y músicas tocando generala y crecía el entusiasmo, nos sentimos orgullosos al presenciar esos actos de patriotismo que son el mejor anuncio de que el porvenir de la nación debe ser precisamente dichoso. Desde el instante que anunció la alarma, han estado llenos los cuarteles de la guardia nacional, pues los ciudadanos se han disputado la primacía en el alistamiento. Jóvenes que no pueden con el fusil, niños todavía, han porfiado hasta conseguir que se les admita en los cuerpos. Testigos nosotros de esas escenas no sabemos positivamente cómo poder describirlas... Hoy á medio día, 11 de agosto, hemos visto salir para el Peñón Viejo la brigada que forma la guardia nacional del distrito... compuesta de ciudadanos útiles y gran parte acomodados, que abandonando sus empleos, sus tiendas de comercio y sus talleres han ocurrido á porfía al llamamiento de la patria y salen á pelear por su nacionalidad y su independencia. Los batallones de Hidalgo, Victoria, Dolores y Bravos, forman esa porción escogida de hijos predilectos de la patria, que han pospuesto, no sólo sus intereses, sino las afecciones más tiernas de familia á ese deber noble y sagrado de pelear y morir en defensa de su patria. A la cabeza del batallón Hidalgo marchaba su joven comandante don Félix Galindo, cuyo nombre figura como representante de la guardia nacional del Distrito, entre

los valientes de la Angostura; y al frente del de Bravos iba el ilustrado y respetable señor Gorostiza, nombre bastante célebre y que tanto honra á la literatura mexicana. No ha habido hoy edad ni condición, no ha habido diferencia de opiniones. Un solo sentimiento nos anima á todos los mexicanos, vencer ó morir por nuestra patria, acabar con esos miserables aventureros, con esa patrulla de forajidos que han soñado sojuzgar á la República mexicana.» Santa Anna contribuyó á acrecer el entusiasmo con su sentida y patriótica proclama del día 9.

«¡Mexicanos!—deciales en uno de los párrafos de ella,—la conquista os hizo pertenecer á la raza noble y generosa que se honra con la memoria de Numancia y de Sagunto, y que en tiempos más modernos os presenta ejemplos que imitar en las defensas de Zaragoza y de Gerona: ha llegado la época en que manifestéis que los descendientes de los héroes son también héroes bajo el hermoso cielo del Nuevo Mundo... Soldados mexicanos: las esperanzas de la patria se cifran hoy en el entusiasmo con que os preparáis á defender la independencia que es nuestra más gloriosa conquista. La victoria que tantas veces ha coronado vuestras sienes va á ser la recompensa de vuestros afanes, y llega el día en que la historia se apodere de vuestros nombres para inmortalizarlos. Si os espera la muerte de los valientes, vuestros hijos contemplarán en vuestro sepulcro el altar de la patria y el blasón de vuestra nobleza. Si fuereis mutilados, sobreviviréis á vuestra gloria, vuestra será la admiración de todos los camaradas en el campo del honor. Después del triunfo, una nación os deberá la existencia, esta nación será vuestra patria y os recompensará con generosidad. El cobarde no pertenece á vuestras filas; arrojad de ellos al que vacile, despojadlo de las insignias que son el emblema del patriotismo, de la disciplina y del valor, y maldecidle siempre...»

Al lado de estos actos, rasgos y palabras, generosos, entusiastas y patrióticos, diéronse otros que no lo eran, ó se prestaban á justa crítica: el campamento de los llamados *aristócratas*, en el Peñón, fué cubierto con la *vela* ó toldo de la procesión del Corpus, por disposición de los padres de la Profesa, para que el sol no lastimase sin duda á los que debían combatir con una raza varonil y vigorosa; y aquel paraje se convirtió en paseo y cita de las principales familias que celebraban allí verdaderos días de campo. A él fué también á situarse el general en jefe, para dirigir las operaciones y presenciar las solemnes entrega y bendición de banderas á los batallones Patria, Unión y Mina: allí se le presentaron á ofrecerle sus servicios en la hora del peligro don Manuel Ripón, don José Joaquín de Herrera y don Nicolás Bravo, que todos fueron inmediatamente empleados. Los extranjeros no se mostraron á su vez indiferentes, y muchos ingresaron en las compañías de San Patricio, formadas de irlandeses, ó Legión extranjera. Sentimos verdaderamente que nos falte espacio para dar más extensos detalles de todo cuanto entonces reveló que, bajo una dirección digna de él, el pueblo

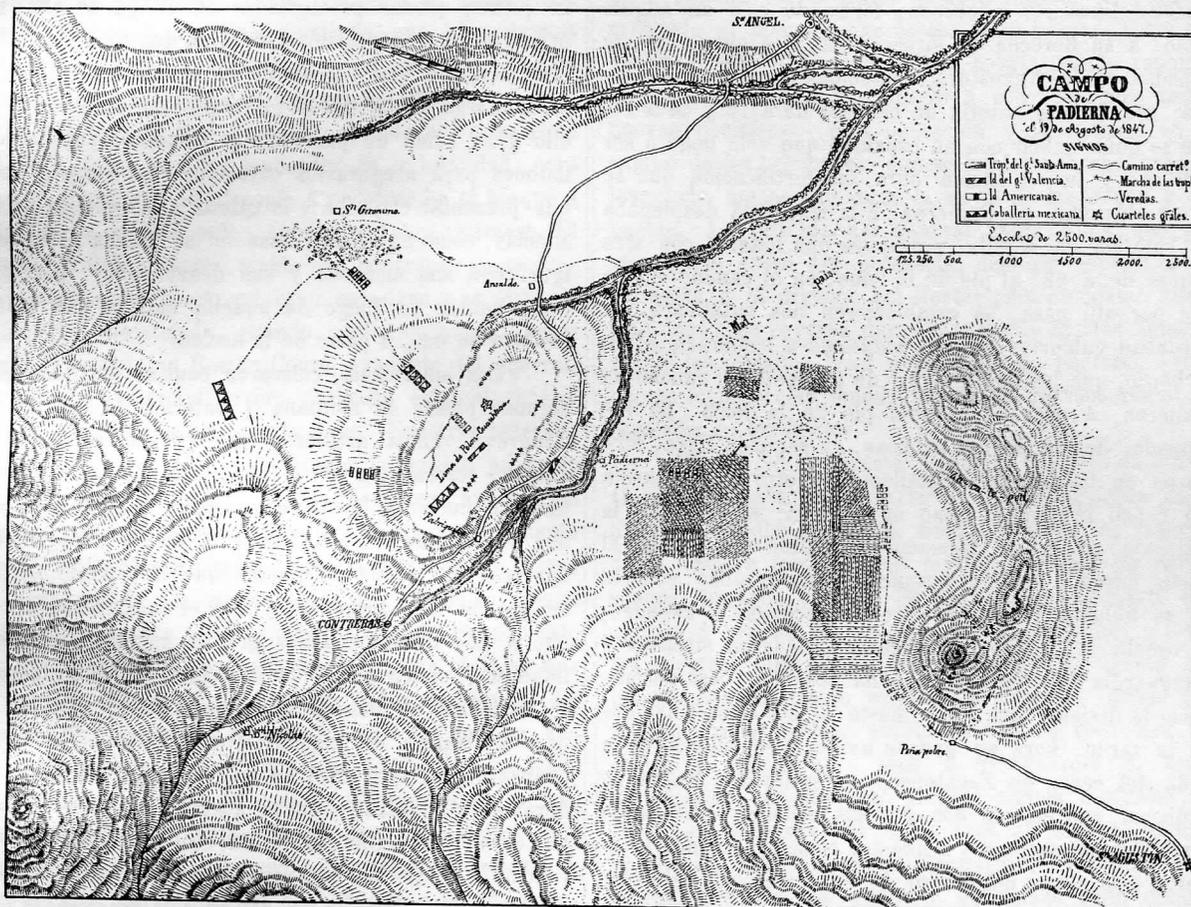
mexicano hubiera podido triunfar de la fuerza bruta por la fuerza de un entusiasmo patriótico.

El ejército americano, que según Ripley contaba diez mil quinientos hombres, y según cálculos de escritores mexicanos ascendía á doce mil con treinta piezas, al entrar en el Valle de México se situó á la extremidad del lago de Chalco, teniendo el de Texcoco á su derecha. Hechos por Scott los reconocimientos oportunos en los días 12 y 13, juzgó que las fortificaciones del Peñón eran casi inexpugnables, como lo había ofrecido su director don Manuel Robles, quien había dicho á Santa Anna, «aseguro á usted que si los norte-americanos toman á México, no será por el Peñón,» y esquivando el peligro, emprendió un largo rodeo para ir á situarse en Tlalpan, lo que efectuó el 17, no sin haber sido en el trayecto seriamente molestado por nuestras guerrillas. Pero si satisfactorio fué para nuestros ingenieros que el enemigo se confesara impotente contra una de nuestras fortificaciones, esta satisfacción nos redundó en perjuicio, pues la marcha del ejército americano á Tlalpan por un camino que se tenía por impracticable, inutilizó nuestra defensa del lado de Oriente, que había sido la más cuidada, constituyendo éste el primer fracaso del plan general. Constituyó el segundo la rebeldía del general Valencia á ejecutar las órdenes que le dictó Santa Anna, y que al no ser obedecidas por aquél, dieron á éste racional pretexto para salvar su responsabilidad absoluta en el mal éxito de la defensa de la capital. No pudiendo entrar en pormenores, que podrán encontrarse expuestos con claridad y precisión sumas en la obra excelente del señor Bárcena, nos limitaremos á trasladar aquí la defensa que de sí mismo hizo en este caso el general Santa Anna, que dice: «Malicié por algunos reconocimientos del enemigo, que intentaba dirigirse á Tacubaya, y se ordenó al general Valencia que se replegase á Coyoacán y artillase los puntos de Churubusco con sus piezas, considerándolo en San Angel, como debió estar, en espera de posteriores prevenciones. Mi plan de concentración sobre la segunda línea se iba haciendo indispensable, y preciso era también preparar una retirada segura á las tropas y trenes de San Antonio. La sorpresa é indignación que el general Valencia me causó desobedeciendo mi orden, bien puede explicarlas el general Tornel y el ministro de la Guerra que me presentó su contestación á las once de la noche del 18 de agosto citado. Los mismos señores generales podrán igualmente revelar el anuncio que hice desde aquel momento, á consecuencia de una conducta tan irregular que echaba por tierra mis combinaciones. Mi primera resolución fué que se le destituyera del mando y se repitiera la orden á su segundo; pero los señores generales citados me calmaron con juiciosas reflexiones, hijas de la mejor intención, y después de una conferencia dilatada, en obvio de escándalos frente al enemigo, vine en ceder que sólo se le advirtiera, *que*

sin aprobarle su conducta arbitraria, obrara bajo su responsabilidad como le pareciera; lisonjeándome, es verdad, que esto bastaría á hacerle volver sobre sus pasos, pero desgraciadamente no fué así; él continuó inalterable por el camino de perdición que se había trazado, y los resultados hoy los deplora la nación.» La desobediencia del jefe del ejército del Norte consistió en haberse obstinado en tomar posición en Padierna, punto que un día antes había él mismo juzgado indefendible.

Una vez en Tlalpan el ejército enemigo, procedió á

los reconocimientos indispensables para elegir camino hacia la capital, y el mayor Smith llegó el 18 hasta la puerta de la hacienda de San Antonio, cuya guarnición le obligó á retroceder causándole algunos muertos: continuó el reconocimiento el capitán Lee, buscando otro camino menos peligroso que el de la calzada de San Antonio, y vino á encontrarle en un sendero que partiendo de Tlalpan va por la hacienda de Peña Pobré y á través del llamado Pedregal, á desembocar cerca de Padierna, en el camino carretero de San Angel al pueblo de Contreras y á la fábrica de mantas de la Magdalena:



el 19 quinientos hombres de la división de Pillow salieron de Tlalpan á hacer el sendero transitable para la artillería. Tan pronto como el enemigo se situó en Tlalpan amagando el lado sur de la ciudad, Santa Anna hizo pasar del Peñón á Churubusco y San Antonio la brigada de Anaya; estableció á la de Pérez en Coyacán y mandó que la división de Valencia se trasladara de Guadalupe á San Angel; pero aquél desde allí se adelantó y situó la última, según dijimos, en el rancho de Padierna en el camino para Contreras y la Magdalena, contra las órdenes expresas del general Santa Anna.

«La posición de Padierna, dice el señor Balbontín, cuya relación seguimos aquí, tal vez hubiese sido buena teniendo los flancos bien apoyados, el frente despejado y

la línea de retirada perpendicular al centro, ó al menos á una de las alas de la batalla que allí se estableciera. Pero ninguna de estas ventajas tenía: colocada en un rincón al suroeste del Valle, sus flancos quedaban descubiertos y el frente obstruido por sembrados de maíz, por árboles, por arbustos y por rocas de lava en la parte que llaman el Pedregal; todo ello podía ocultar perfectamente las operaciones del enemigo y favorecer sus ataques: la espalda quedaba cerrada por elevados montes, y la línea de retirada hacia la izquierda, en la prolongación del frente de la batalla, sobre un terreno accidentado; de suerte que si esta línea era cortada por el enemigo, como indudablemente lo procuraría, no quedaba salvación posible en caso de derrota. Además de los

defectos de la posición, se incurrió en otros en el modo de ocuparla: en vez de extender la línea hasta el rancho de Anzaldo, apoyando fuertemente el centro en el bosque de San Jerónimo, que presentaba mejores elementos, con varios edificios que podían prolongar la resistencia, hasta la llegada de refuerzos que vendrían necesariamente por la retaguardia, y en caso de desgracia las tropas hallarían modo de retirarse, habiéndose ocupado solamente las lomas rasas de Padierna, quedó libre el enemigo para cortar la línea de retirada ocupando el bosque de San Jerónimo, camino indicado para rodear nuestra posición y atacarla por retaguardia. Nuestra línea era quebrada, formando casi un ángulo recto: á su derecha se situaron las dos piezas ligeras ganadas en la Angostura, sostenidas por dos escuadrones: seguía una batería de cañones de á 12 y de á 16, que se quiso cubrir con un espaldón que sólo llegó á ser rodillera y fué la única obra de fortificación que se intentó levantar en Padierna: á la izquierda desplegaba un batallón en batalla, y después una batería con tres obuses de á 68: al pie de la loma, en el camino hondo que por allí pasa, se establecieron dos batallones que quedaban cubiertos por una *magueyera* sembrada sobre su bordo, que les podía servir de parapeto; el rancho de Padierna, á pocas varas del pie de la loma, no fué ocupado: detrás de las baterías, en segunda línea, formaron en batalla tres batallones, y otro á retaguardia del flanco izquierdo, como en reserva: el resto de la artillería se colocó formando martillo, con frente al norte, mirando hacia el bosque de San Jerónimo, como si ya se hubiese consentido en que lo ocupase el enemigo; la caballería y el parque general quedaron situados á retaguardia del centro de aquella posición. Así permaneció la división del Norte hasta el 19 como á las dos de la tarde, hora en que se avistó el enemigo. Por la falda del cerro de Zacatepec, que se levanta al este de Padierna, aparecieron dos gruesas columnas, marchando paralelamente entre sí y á nuestra posición; cuando estuvieron á la altura del centro de ella, variaron de dirección á la izquierda, descendieron al Valle, marcharon de frente, y se desplegaron cubiertas por la vegetación y las sinuosidades del terreno. Desde aquel momento no pudieron observarse las operaciones que practicaron los americanos, porque los sembrados, la vegetación alta y las rocas volcánicas que cubrían el campo los ocultaban. El general Scott, con su Estado Mayor, dirigía las operaciones desde la cima del cerro de Zacatepec, desde donde debe haber visto nuestro campo como podía ver un plano sobre una mesa. Los cañones de á 16 y los obuses de á 68 comenzaron á disparar á tanteo, puesto que no podían descubrir al enemigo: en cuanto á los primeros ninguna dificultad hubo en su manejo, pero no sucedió lo mismo con los obuses que, contratados en Inglaterra en fundición de particulares y á pagar por peso, salieron deformes y muy pesados; para evitar su

enorme retroceso, se habían adaptado á las ruedas unas gruesas palancas que á cada disparo tenían que asegurarse en unos ganchos fijos en la cara exterior de cada gualdera, operación en extremo engorrosa y dilatada; como las ánimas de estos obuses eran de mayor longitud que los brazos de los artilleros, había que introducir los cartuchos en la recámara con ayuda de cucharas de hojalata, abolladas á consecuencia de las marchas, y que presentaban grande resistencia al entrar: vencida esta dificultad con mucho trabajo, seguía la operación de colocar las granadas, que no estando ensaladas, rodaban por el ánima, y por lo mismo sus espoletas no podían quedar promediadas en el eje de ella; para evitar que los proyectiles estallaran dentro de los obuses era necesario que los artilleros metieran el brazo, los promediaran hasta donde fuera posible, empleando para ello gran suma de paciencia y esfuerzo, pues aun de listones para asegurarlos carecían; para hacerlo, tenían que presentar el pecho y la cabeza á la boca del fuego; además, como aquellas piezas no se habían probado, se ignoraban sus alcances y sus desviaciones: por todas estas causas el fuego de aquella batería fué lento é incierto en mucha parte de la acción.

»Los americanos colocaron ocultas entre la maleza algunas piezas de montaña y baterías de cohetes á la Congrève, única artillería que podían conducir por aquellos terrenos; y con la ventaja de descubrir perfectamente nuestras líneas, comenzaron á disparar granadas y multitud de cohetes: á la media hora de fuego apareció un grupo de jinetes que se dirigió hacia el bosque de San Jerónimo, y tras él comenzaron á pasar uno á uno ó en pequeños grupos muchos soldados de infantería, cubriéndose cuanto podían, é insensiblemente se reunió así en dicho bosque una fuerza respetable, sin que se tratara de impedirlo: conseguido este objeto, avanzaron por el frente, en guerrilla, un número considerable de infantes, como en ademán de atacar la batería de obuses. Una parte de esa infantería ocupó el rancho de Padierna, que desde luego aspillero, y rompió el fuego: otra fracción se dirigió á la *magueyera*, creyéndola sin duda desocupada; mas fué recibida con un fuego nutrido á quemarropa, y tuvo que replegarse al rancho á la carrera; esta operación, repetida varias veces, produjo el mismo resultado. La fuerza posesionada del rancho seguía hostilizando con sus rifles nuestra línea, principalmente á la batería de obuses: tanto ésta como la de cañones de á 12 y 16; que se hallaba á su derecha, dirigieron sus fuegos sobre el rancho, que pronto quedó hecho una criba, pero sin que pudieran arruinarlo ni desalojar de él al enemigo. Entretanto, los que ocupaban el bosque de San Jerónimo aumentaban su fuerza y ganaban terreno, amenazando envolver nuestra posición; para contenerlos mandó el general Valencia al general Torrejón, quien tenía á sus órdenes al general Frontera, que marchase violentamente con la caballe-

ría á impedir el avance de los contrarios: envió también dos batallones con un cañón de á 4, que se situaran sobre el camino de San Angel para impedir la llegada de refuerzos del enemigo y hostilizarle en caso de retirada. El general Frontera no esperó que los americanos saliesen del bosque sino que los atacó en el lindero de él, resultando muertos este general, varios jefes y oficiales y un buen número de tropa que quedó fuera de combate: la caballería se retiró sin haber sacado fruto alguno de tan inconsiderado ataque.

»En aquellos momentos apareció el general Santa Anna sobre las lomas de Anzaldo, con la división del general don Francisco Pérez; desplegó en batalla con una batería en la extrema izquierda, que hizo algunos disparos, y ordenó al teniente coronel, don Miguel Echeagaray, que avanzara con el batallón 3.º Ligerero hacia el bosque de San Jerónimo, guiado por el patriota don José María del Río, conoedor de la localidad; pero cuando aquel jefe se disponía á penetrar en el bosque á viva fuerza, recibió orden apremiante para retirarse. El general Valencia había creído que las tropas aparecidas en el camino de San Angel eran enemigas y se disponía á hacerles resistencia, cuando varias personas, entre ellas el coronel don Ramón Couto, ayudante del general, le hicieron notar el error: deshecho éste, el general mandó tocar diana en toda la línea. Nuestras baterías, que formaban martillo á la izquierda, hacían un fuego vivísimo sobre el bosque de San Jerónimo, aunque sin resultado, tanto porque no veían al enemigo, cuanto porque hallándose á mucha distancia y siendo las piezas de corto calibre, la mayor parte de las balas apenas llegaban rebotando á los primeros árboles. Cuando esto sucedía, comenzaba ya á oscurecer, y como se viese que la artillería no bastaba á desalojar á los americanos del rancho de Padierna, se ordenó que lo tomase una fuerza de infantería, cosa que debió haberse hecho desde un principio, ya que se cometió el descuido de no haberlo ocupado oportunamente: dos compañías del batallón de Celaya atacaron con vigor y tomaron el rancho en poco tiempo, con pérdida de dos oficiales y alguna tropa, pero causando al enemigo mayores desgracias. Aquel fué el último episodio de la jornada; los batallones y el cañón adelantados hacia el bosque fueron replegados, y el campo quedó tranquilo y en absoluta oscuridad. El general Valencia, que en lugar de conocer la mala posición en que se había colocado se creía victorioso, dispuso que por la orden general se diese gracias á la tropa por su buen comportamiento, y que se publicase una lista de jefes y oficiales á quienes tuvo á bien ascender. Corrió el rumor en la noche de haber llegado al campo un ayudante de Santa Anna á comunicar á Valencia la orden de retirarse á San Angel, aun cuando para ello fuera preciso sacrificar la artillería; pero también se dijo que Valencia había rehusado obedecer. La situación en que por la llegada del general Santa Anna habían quedado

los americanos del bosque, se hizo peligrosa, pues les era igualmente difícil retirarse y recibir refuerzos de su campo: el número de hombres allí cortados se estimaba en ochocientos á mil sin artillería ni otras municiones que las que llevasen en las cartucheras: salieron de tan mala situación por haberse retirado á San Angel el general Santa Anna. Los americanos no perdieron el tiempo; durante la noche aumentaron sus fuerzas y continuaron el movimiento envolvente que habían comenzado en la tarde hasta colocarse á retaguardia de nuestras posiciones sin ser sentidos. Nuestro campo quedó establecido como se hallaba antes de empezar el combate: si el general Santa Anna hubiese llegado temprano y arrollado al enemigo que estaba en el bosque, como era verosímil que hubiese sucedido, habría podido reunirse al general Valencia y obligarlo á retirarse para tomar nuevas posiciones: esta operación y la entrada en la capital de los prisioneros que se hubieran hecho habrían levantado mucho sin duda la moral de las tropas y del pueblo. La retirada del general Santa Anna, que por otra parte acaso era necesaria, dejó sin esperanza de salvación á la división del Norte; para aumentar nuestras desdichas cayeron durante la noche fuertes aguaceros, y los soldados, mal abrigados, no pudieron evitar que se mojaran las municiones de las cartucheras ni las cazoletas de los fusiles.

»El día 20 de agosto amaneció cubierto de nubes: el campo estaba lleno de agua. A la izquierda de la línea de batalla que hacía frente al este, los muertos de la víspera formaban un montón horrible de carne, sangre, harapos y lodo. Se creía candorosamente que se iban á repetir las escenas del día anterior, y todos los nuestros dirigían la mirada hacia los lugares que los americanos habían ocupado la víspera. Antes que nuestra tropa hubiese tenido tiempo de reconocer sus armas y municiones, sonó á retaguardia el toque de enemigo: aunque esto produjo alguna confusión, se trató, sin embargo, de hacer cara al peligro; algunos batallones dieron frente á retaguardia, avanzando en la nueva dirección; la artillería del flanco trató también de cambiar el frente de sus piezas, pero el enemigo, que para aprovechar el efecto de la sorpresa marchaba violentamente, no dió tiempo para nada. El parque general cayó en su poder, y el fuego que dirigió á la infantería no pudo ser contestado, porque los fusiles y las municiones estaban inutilizados por el agua. En vano los generales, jefes y oficiales hicieron los mayores esfuerzos, sin obtener más resultado que el sacrificio de muchos que quedaron muertos ó heridos: en tan crítico momento, el enemigo, avanzando también por la derecha del frente, acabó de introducir el mayor desorden. De la gente que se hallaba cerca del camino de San Angel se salvaron algunos centenares; el resto de la división fué hecho prisionero. El general Valencia y sus ayudantes lograron escapar rumbo á Toluca; excepto una pieza de

á 4, puesta en salvo por el subteniente de artillería don Mariano Alvarez, todos nuestros cañones se perdieron, entre ellos los dos conquistados en la Angostura: al recobrar éstos los americanos, los cubrieron con su pabellón, prorrumpiendo en *hurras* atronadores y entre-gándose á mil demostraciones de entusiasmo. Don Manuel Rizo, subteniente del Fijo de México, aunque cayó prisionero, logró salvar la bandera de su cuerpo, ocultán-dola hasta que hizo entrega de ella al terminar la guerra. *Todo lo que llevo descrito*, concluye el señor Balbontín, *sucedio en menos de media hora.*

»El general Santa Anna, cuyas tropas habían en-contrado algún abrigo en San Angel, se puso en marcha al amanecer, y cuando oyó los primeros disparos en Padierna, se adelantó casi solo á presenciar la destruc-ción de la división del Norte, acontecimiento que sin duda preveía: en la indignación que aquella derrota le causó, detenía á los fugitivos castigándolos con el fute, y mirando que las cosas no tenían remedio, se resolvió á ordenar la retirada de las tropas sobre Churubusco: la retaguardia la cubrió el regimiento de húsares; cuando éste acababa de desocupar la plaza principal de San Angel, marchando rumbo á Panzacola, los americanos llegaban á la entrada del pueblo, donde batiéndose en retirada les disputó el paso el teniente de caballería don Agustín Barragán con un piquete del regimiento de Guanajuato. Las pérdidas sufridas en el combate de Padierna fueron considerables: entre los muchos heridos se contaron los generales don José María García y don Santiago Blanco.»

Completamos las precedentes noticias extractando algunas de la obra del señor Roa Bárcena. La división del general Smith fué la que, marchando en la oscuridad de la noche por un terreno lodoso y difícil, envolvió por retaguardia el campamento de Valencia, sobre el cual descendió el primero el coronel Riley: el frente le atacó la brigada del coronel Ramson, conducida por el capitán de ingenieros Lee. El general Salas, segundo de la división del Norte, cayó prisionero al retirarse con Valencia; en el parte que desde Tlalpan dirigió en 23 de agosto al ministerio de la Guerra, dice que procuró contener la dispersión de nuestras fuerzas, lográndolo por un momento; que ordenó al general Torrejón diera una carga con su cuerpo, y este jefe, lejos de obedecerle, se puso en fuga, y siguiendo su ejemplo la caba-llería, atropelló á la infantería y acabó de arrollarla, consumando nuestra derrota. Valencia, en su manifiesto fechado en Toluca el 22 de agosto, dice que en la noche del 19, siendo desesperada su posición y sabiendo lo que al amanecer tenía que aguardar de los contrarios y que esperar de Santa Anna, no le quedó más recurso, de conformidad con el juicio de sus generales, que escoger, como encarga la ordenanza para tales lances, lo más digno de su espíritu y honor; «y así fué que me resolví á acabar defendiéndome, perder el campo por la fuerza,

perderlo con honor, y que cargara con la responsabilidad y la ignominia el que fríamente fué espectador de los hechos heroicos de la fuerza de mi mando.» Agrega que en la madrugada del 20, previendo que sería atacado por retaguardia, dirigió á tomar una altura dominante, seis columnas á las órdenes del general González de Mendoza; que en los momentos en que iba á ser ocupado el picacho, rompió sus fuegos el enemigo, desplegando cuatro columnas que ascenderían á seis mil infantes: «se trabó, continúa, un fuego horroroso á quema ropa en que morían de una y otra parte hombres sin cuento, y al que no pudieron resistir los míos en número tan desproporcionado y sin auxilio alguno; por lo que, ma-tando y muriendo y retirándose, se fueron replegando hasta el centro de mi campo; mas á la vez rompió el fuego el enemigo en todo el rededor, al que ya no fué posible resistir, y sí salvar todo lo que se pudiera de estos preciosos defensores de la patria, rompiendo la línea enemiga por los mismos puntos de Anzaldo y San Jerónimo, lo que ejecutó el batallón de Aguascalientes, y por donde, después de casi la mayor parte del ejército, me retiré á la retaguardia de él con mi escolta, de que perdí la mitad, y con el 7.º de caballería, y los gene-ales Salas, Torrejón, Blanco y Jáuregui, habiendo éste sido herido en la cabeza á tiempo que atravesába-mos entre los fuegos de los puntos dichos...» Dice tam-bién que pensó haber ido con el resto de sus fuerzas al lado del general presidente, pero *temiendo ser por él insultado y no poderse contener*, se dirigió á Cuaji-malpa, donde reunió dispersos y se le unieron el batallón Auxiliar de Guanajuato y el regimiento de San Luis retirados por la espalda de Padierna con el general Romero. El primero de estos cuerpos regresó á México, y el segundo siguió hasta Toluca con Valencia, quien desde allí dirigió al ministerio de la Guerra una breve comunicación el 21, avisando su retirada á dicha ciudad y su resolución de organizar y aumentar fuerzas, y de manifestar, *cuando se oyera el eco de la justicia*, los motivos que tuvo para no venir á la capital. El ministerio le contestó que se presentara al comandante de Guadalupe para que le formara causa y fuese vista en consejo de guerra. Santa Anna en su *Detall de las operaciones* se expresó así respecto de la pérdida de Padierna: «Inquieto yo por el cuidado que, naturalmente, me oca-sionaba la temeridad del general Valencia, cuando hasta los elementos nos eran contrarios, al rayar la aurora dispuse que la infantería abrigada en San Angel empre-diera su marcha. Lo mismo verificó la brigada del general Rangel, que hice venir de la Ciudadela con intención de abrirme paso á toda costa hasta el campo de Padierna. Caminaba á la cabeza de dichas brigadas, cuando oí un corto tiroteo de fusil por mi vanguardia: se apresuró el paso y se me presentaron á la vista grupos de nuestra caballería, que venía en retirada y de quienes recibí la fatal nueva que estaba temiendo. Cuando no me cupo

duda de la derrota del general Valencia, emprendí la contramarcha con la más amarga pena.»

El primer plan de Santa Anna, una vez situado en Tlalpan el enemigo, consistió en colocar sus fuerzas de modo que cubrieran la línea que formaban al sur y al suroeste de la plaza de Mexicalcingo, puente y convento de Churubusco, Coyoacán y San Angel; línea que apoyaba y servía de reserva al punto avanzado de San Antonio; «éste, dice Santa Anna, se encontraba bien fortificado y guarnecido, y como todas nuestras fuerzas inmediatas podían obrar con ventaja y oportunidad, llegué á desear que allí fuera el campo de batalla.» La determinación tomada por Valencia de presentar á los americanos batalla en Padierna, apartándose del plan de Santa Anna, imposibilitó su ejecución. Valencia no puede ser defendido de su desobediencia á una orden formal del superior suyo y de todo el ejército, y siempre será censurable que se tomase las atribuciones de general en jefe, cuando sólo tenía el mando de una división. Este desacuerdo, esta rivalidad, tenían que producir los amargos frutos que hemos visto. Háse dicho que de todos modos, la inacción de Santa Anna en presencia del compromiso en que se encontró el desgraciado jefe de Padierna, fué innoble y reprobable, pues las tropas que allí se batían eran mexicanas y no debió hacerlas víctima de su enojo con Valencia. Santa Anna se defendió, ó lo pretendió, diciendo: «aunque me esforcé en reunirme con él, no fué posible, estando cortado por el enemigo y por el terreno que había dejado á retaguardia. No había más que un camino transitable de San Angel á Padierna, bien angosto, dominado á derecha é izquierda por posiciones que algunos batallones enemigos habían tomado. Busqué paso por los flancos, y me cercioré por los prácticos del terreno y por mi propia vista que no era fácil la operación en el resto de la tarde, pues por la derecha lo impedía una profunda barranca que se dilatava más de una legua, hasta unas colinas por la izquierda; y como en los reconocimientos me sorprendió la noche, no me quedó más recurso que acampar y esperar al día. En seguida una tempestad horrorosa, acompañada de copiosa lluvia, me obligó á disponer que la infantería se abrigase en el inmediato pueblo de San Angel, con orden de presentarse á la madrugada en el propio campo; en éste dejé los cuerpos de caballería y artillería, que pasaron una noche cruel, porque no cesó de caer agua hasta el amanecer.» En su lugar dijimos que un cuerpo á las órdenes del coronel don Miguel Echeagaray, guiado por don José María del Río, atravesando lomas y barrancas, llegó, por orden de Santa Anna, á tiro del enemigo, posesionado en San Jerónimo; parece por esto que no faltó el paso solicitado y que el mismo que siguió Echeagaray pudo haber seguido más ó menos difícilmente el resto de la división. Lo cierto es que todos los generales de la del Norte, aun los santanistas, creyeron que las fuerzas del general presidente,

al presentarse en el campo, iban á cargar sobre el enemigo; que ni por un momento dudaron que se habría obtenido con ello un completo triunfo, y que se indignaron profundamente al ver que tales fuerzas se limitaban á presenciar el combate y se retiraban á la venida de la noche. Cuando durante ella Santa Anna ordenó á Valencia que se retirase sin pensar en proseguir la acción al día siguiente, el último contestó que ni aquello era digno de un militar, ni eran *consejos* lo que necesitaba sino tropas y municiones: esto constituyó un nuevo acto de rebeldía, pues no se le daban *consejos* sino *órdenes*, que una vez más desobedeció. Se calcula que la pérdida del enemigo en Padierna no bajó de trescientos hombres: la nuestra no pudo detallarse, constandingo sólo que la división del Norte, prisionera ó en dispersión, concluyó en aquel día fatal.

El señor Roa Bárcena concluye así la triste narración del desastre de Padierna: «Yo creo que el plan defensivo de Santa Anna era bueno, y que su ejecución habría salvado á la capital; pero creo también que el auxilio eficaz, posible y debido á mi juicio, de Santa Anna á Valencia en los campos de Padierna, habría impedido nuestra derrota, determinado un triunfo, y dado muy diverso y favorable curso á la campaña. ¿Hasta qué punto las malas pasiones que suelen dominar á los grandes, como á nosotros los pequeños, se mezclaron en los cálculos y determinaciones de esos dos jefes que en las primeras horas de una mañana nublada y triste como el porvenir de México, marchaban en direcciones opuestas, ceñudo el rostro y ardiendo el pecho en indignación y odio mutuo, al ver cada cual deshechos por su enemigo sus propios sueños de victoria? ¿Creyó realmente Valencia que de la defensa del punto por él fortificado dependía la salvación de la plaza? ¿Juzgó sinceramente Santa Anna que no podía ayudarle sin exponer la suerte de sus tropas de reserva, y que, supuesta la fatal necesidad de la destrucción del cuerpo del ejército del Norte, su deber como general en jefe consistía, ante todo, en salvar los demás elementos defensivos de la ciudad? ¿Qué parte de responsabilidad cupo á cada uno, dado que los dos la tuvieron, en tan horrible y sangrienta catástrofe que comprometía, acaso para siempre, los destinos de la patria? Sábelo Dios, en cuya presencia han comparecido y sucesivamente uno y otro.»